



# COLMILLO BLANCO

Jack London



Jack London

COLMILLO  
BLANCO



*1.ª edición:* octubre de 2021

*Imagen de la cubierta e ilustraciones:* Tomás Basallo Díez

Título original: *White Fang*

Traducción al castellano de Mercedes Lora-Tamayo

Autor: Jack London

© Editorial Didaskalos

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-27783-2021

ISBN: 978-84-17185-74-9

[www.editorialdidaskalos.org](http://www.editorialdidaskalos.org)

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

# Índice

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN . . . . .	7
PARTE I	
CAPÍTULO 1. EL RASTRO DE LA CARNE . . . . .	11
CAPÍTULO 2. LA LOBA . . . . .	21
CAPÍTULO 3. EL GRITO DEL HAMBRE. . . . .	35
PARTE II	
CAPÍTULO 1. LA BATALLA DE LOS COLMILLOS . . . . .	51
CAPÍTULO 2. LA GUARIDA . . . . .	65
CAPÍTULO 3. EL CACHORRO GRIS . . . . .	75
CAPÍTULO 4. LA PARED DEL MUNDO . . . . .	83
CAPÍTULO 5. LA LEY DE LA CARNE . . . . .	97
PARTE III	
CAPÍTULO 1. LOS ARTÍFICES DEL FUEGO . . . . .	107
CAPÍTULO 2. EL CAUTIVERIO . . . . .	121
CAPÍTULO 3. EL MARGINADO . . . . .	133
CAPÍTULO 4. EL RASTRO DE LOS DIOSES . . . . .	139
CAPÍTULO 5. EL PACTO . . . . .	147
CAPÍTULO 6. LA HAMBRUNA. . . . .	159
PARTE IV	
CAPÍTULO 1. EL ENEMIGO DE SU ESPECIE . . . . .	173
CAPÍTULO 2. EL DIOS LOCO. . . . .	187

	<i>Págs.</i>
CAPITULO 3. EL REINADO DEL ODIO . . . . .	199
CAPÍTULO 4. LA MUERTE SE AFERRA . . . . .	207
CAPÍTULO 5. EL INDOMABLE . . . . .	223
CAPÍTULO 6. EL SEÑOR DEL AMOR . . . . .	231

## PARTE V

CAPÍTULO 1. EL LARGO CAMINO . . . . .	251
CAPÍTULO 2. LAS TIERRAS DEL SUR . . . . .	259
CAPÍTULO 3. LOS DOMINIOS DEL DIOS . . . . .	269
CAPÍTULO 4. LA LLAMADA DE LA ESPECIE . . . . .	283
CAPÍTULO 5. EL LOBO DURMIENTE . . . . .	291
GUÍA DE LECTURA . . . . .	303

---

## Introducción

Un libro siempre se escribe para responder a una o varias preguntas. El escritor tiene grandes preocupaciones y se pone a responderlas con relatos, o tiene grandes intuiciones y las plasma en la trama. ¿Cuáles son las grandes preguntas de *Colmillo Blanco*? Si sabemos cuáles son sus preguntas, sabremos si merece la pena leerlo. Nosotros también tenemos preguntas en nuestras vidas porque no sabemos hacer todo bien. Para aprender necesitamos de maestros. Los libros pueden ser buenos maestros.

Este libro tiene estas preguntas detrás: ¿Cómo se forja una persona? ¿De qué se compone el corazón de una persona? ¿Qué nos educa? ¿Qué nos está guiando el carácter? ¿Por qué algunos llegan a ser de una manera y otros de otra totalmente distinta? Son preguntas que hablan de la educación y que nos ponen en evidencia que no estamos determinados cuando nacemos. Por tanto, *Colmillo blanco* es un libro que trata sobre el crecimiento

del hombre. A partir de este lobo podemos entendernos mejor nosotros. Jack London nos muestra una historia que es lucha entre el instinto salvaje y el amor educado, una historia sobre cómo las relaciones nos constituyen, nos educan y nos forjan. La vida no la podemos hacer solos, necesitamos de los otros. Comenzando por un mundo salvaje y oscuro llegamos al calor del hogar. O así debería ser, ¿lo será para el perro lobo?

Si queremos entrar bien a *Colmillo Blanco* tenemos que hacer propias las preguntas y abrir los ojos para ver cómo las responde la historia. Incluso antes podemos intentar responderlas nosotros para luego comparar y ver en qué estamos de acuerdo con el autor, en qué no estamos de acuerdo y en qué cosas hemos cambiado después de leer.

Nada más empezar un libro debemos tener en cuenta que no conocemos el mundo que descubriremos, así que nos hace falta una gran virtud: la paciencia, es decir, darle tiempo al autor para que nos introduzca en su relato, de esta manera podremos entrar en un montón de nuevas posibilidades. Al final merece la pena entrar con paciencia, pues son los libros quienes nos forjan un corazón grande y los que nos permiten ver mejor la vida que vivimos.

¡Buena lectura!

FELIPE CARMENA

# PARTE I





## CAPÍTULO I

---

# El rastro de la carne

Un oscuro bosque de abetos miraba con el ceño fruncido a ambos lados del canal helado. Un viento reciente había despojado a los árboles de su blanca cubierta de escarcha, y parecían inclinarse unos hacia otros, negros y siniestros, en la luz que se debilitaba. Un inmenso silencio reinaba sobre la tierra. La tierra misma se veía desolada, sin vida, sin movimiento, tan solitaria y fría que su espíritu ni siquiera era de tristeza. Había en ella una insinuación de risa, pero de una risa más terrible que cualquier tristeza, una risa sin alegría como la sonrisa de la esfinge, una risa fría como la escarcha y que participaba de la severidad de la infalibilidad. Era la autoritaria e incommunicable sabiduría de la eternidad riéndose de la inutilidad de la vida y de sus afanes. Era la Tierra Salvaje, las Tierras Salvajes del Norte, salvajes y de corazón helado.

Pero *había* vida, fuera en la tierra, y vida desafiante. Bajando por el canal helado avanzaba penosamente una hilera de

perros lobos. Su pelaje erizado estaba cubierto de escarcha. Su aliento se congelaba en el aire cuando salía de sus bocas, esparciendo espumas de vapor que se posaban en el pelo de sus cuerpos y se convertían en cristales de escarcha. Un arnés de cuero ataba a los perros, y correas de cuero los unían a un trineo que se arrastraba detrás. El trineo no llevaba patines. Estaba hecho de robusta corteza de abedul, y toda su superficie descansaba sobre la nieve. El extremo delantero del trineo se levantaba, como un rollo, para forzar hacia abajo la suave nieve que se elevaba como una ola ante él. En el trineo, bien amarrada, había una larga y estrecha caja rectangular. Había otras cosas en el trineo: mantas, un hacha, una cafetera y una sartén; pero destacada, ocupando la mayor parte del espacio, estaba la larga y estrecha caja rectangular.

Por delante de los perros, sobre anchas raquetas de nieve, avanzaba con dificultad un hombre. En la parte trasera del trineo lo hacía un segundo hombre. En el trineo, en la caja, yacía un tercer hombre cuyo trabajo había terminado, un hombre a quien la Tierra Salvaje había conquistado y vencido hasta no volver a moverse ni luchar. No es propio de la Tierra Salvaje que le guste el movimiento. La vida es una ofensa hacia ella, porque la vida es movimiento; y la Tierra Salvaje siempre se propone destruir el movimiento. Congela el agua para evitar que corra hacia el mar; expulsa la savia de los árboles hasta que sus poderosos corazones se congelan; y lo más feroz y terrible de todo, la Tierra Salvaje acosa y somete al hombre, el hombre que es lo más inquieto de la vida, siempre en rebelión contra la máxima de que todo movimiento debe al final llevar a la quietud.

Pero en la parte delantera y trasera, impenetrables e indomables, avanzaban penosamente los dos hombres que todavía no

estaban muertos. Sus cuerpos estaban cubiertos con pieles y cuero curtido. Las pestañas, las mejillas y los labios estaban tan cubiertos de los cristales de su aliento helado que no se podían distinguir sus rostros. Esto les daba apariencia de máscaras fantasmagóricas, enterradores en un mundo espectral en el funeral de algún fantasma. Pero bajo todo esto, eran hombres, penetrando en la tierra de la desolación, la burla y el silencio, diminutos aventureros sometidos a una aventura colosal, enfrentándose al poder de un mundo tan remoto, extraño y sin pulso como los abismos del espacio.

Viajaban sin hablar, ahorrando el aliento para el trabajo de sus cuerpos. A cada lado estaba el silencio, presionándolos con una presencia tangible. Esto afectaba a sus mentes igual que las diversas atmósferas de las aguas profundas afectan al cuerpo del buzo. Los aplastaba con el peso de la infinita inmensidad y la inalterable sentencia. Los aplastaba en las cavidades más remotas de sus propias mentes, empujando fuera de ellos, como el zumo de la uva, todos los falsos ardores y exaltaciones y los indebidos valores propios del alma humana, hasta que se veían a si mismos finitos y pequeños, partículas y motas, moviéndose con débil astucia y poca sabiduría en medio de la obra y la interacción de los grandes y ciegos elementos y fuerzas.

Pasó una hora y una segunda. La pálida luz del corto día sin sol comenzaba a desvanecerse, cuando un débil grito surgió en el aire en calma. Se elevó hacia arriba con rápido ímpetu, hasta que alcanzó su nota más alta, donde permaneció, palpitante y tenso, y después se fue desvaneciendo lentamente. Podría haber sido un alma perdida gimiendo, si no hubiera estado revestido de cierta triste ferocidad y hambrienta ansiedad. El hombre de delante volvió la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con

los ojos del hombre que iba detrás. Y luego, por encima de la estrecha caja rectangular, cada uno asintió al otro.

Un segundo grito surgió, perforando el silencio con aguda estridencia. Ambos hombres localizaron el sonido. Estaba en la parte trasera, en algún lugar de la extensión nevada que acababan de atravesar. Surgió un tercer grito como respuesta, también en la parte trasera y hacia la izquierda del segundo grito.

—Nos persiguen, Bill —dijo el hombre delante.

Su voz sonaba ronca e irreal, y había hablado con aparente esfuerzo.

—La carne escasea —respondió su compañero—. Hace días que no veo señal de un conejo.

A partir de entonces no hablaron más, aunque sus oídos estaban aguzados por los gritos de caza que seguían elevándose detrás de ellos.

Cuando cayó la oscuridad, movieron a los perros hacia un grupo de abetos al borde del canal y montaron un campamento. El ataúd, al lado del fuego, servía de asiento y de mesa. Los perros lobo, agrupados en el extremo alejado del fuego, gruñían y reñían entre ellos, pero no mostraban ninguna inclinación a alejarse hacia la oscuridad.

—Me parece, Henry, que se han quedado notablemente cerca del campamento —comentó Bill.

Henry, poniéndose en cuclillas sobre el fuego y colocando la cafetera con un trozo de hielo, asintió. Tampoco habló hasta que se sentó en el ataúd y empezó a comer.

—Saben dónde está a salvo su piel —dijo—. Prefieren comer que ser comidos. Son bastante listos estos perros.

Bill sacudió la cabeza.

— Oh, no sé.

Su compañero lo miró con curiosidad.

—Es la primera vez que te oigo decir que no son listos.

—Henry —dijo el otro, masticando con calma las alubias que estaba comiendo —¿te has dado cuenta de la forma en que los perros armaron jaleo cuando les estaba dando de comer?

—Hicieron más tonterías de lo habitual —reconoció Henry.

—¿Cuántos perros tenemos, Henry?

—Seis.

—Bien, Henry... —Bill se detuvo un momento para que sus palabras cobraran más significado—. Como decía, Henry, tenemos seis perros. Saqué seis peces de la bolsa. Le di un pez a cada perro, y, Henry, me faltó un pescado.

—Contaste mal.

—Tenemos seis perros —reiteró el otro sin apasionamiento—. Saqué seis peces. *Una Oreja* se quedó sin pescado. Regresé a la bolsa después y le di su pez.

—Solo tenemos seis perros —dijo Henry.

—Henry —continuó Bill—. No digo que todos fueran perros, pero fueron siete los que tuvieron pescado.

Henry dejó de comer para echar una mirada a través del fuego y contar los perros.

—Ahora solo hay seis —dijo.

—Vi al otro salir corriendo por la nieve —anunció Bill con fría seguridad—. Vi siete.

Henry lo miró con compasión y dijo

— Me alegraré muchísimo cuando termine este viaje.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Bill.

—Quiero decir que esta carga nuestra te está poniendo los nervios de punta y estás empezando a ver cosas.

—He pensado en ello —respondió Bill con gravedad—. Y por eso, cuando lo vi correr por la nieve, miré y vi sus huellas. Luego conté los perros y seguían siendo seis. Las huellas están ahí en la nieve. ¿Quieres verlas? Te las mostraré.

Henry no respondió, sino que siguió masticando en silencio hasta que, terminada la comida, la remató con una última taza de café. Se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo:

—Entonces crees que era...

Un largo grito quejumbroso, extremadamente triste, desde algún lugar en la oscuridad, lo interrumpió. Se detuvo para escucharlo, luego terminó la frase con un gesto de la mano señalando hacia el sonido del grito

—¿Uno de ellos?

Bill asintió con la cabeza.

—Preferiría pensar que es culpa de la vista que cualquier otra cosa. Tú mismo viste el jaleo que armaron los perros.

Grito tras grito, y gritos en respuesta, convirtieron el silencio en una locura. Surgían gritos de todas partes, y los perros delataban su miedo apiñándose tan cerca del fuego que el calor les chamuscaba el pelo. Bill echó más madera antes de encender su pipa.

—Creo que estás algo deprimido —dijo Henry.

—Henry... —chupó meditativamente su pipa durante un rato antes de continuar—. Henry, estaba pensando que él ha tenido más suerte que la que tú y yo tendremos nunca.

Señaló a la tercera persona con el pulgar hacia abajo indicando la caja en la que estaban sentados.

—Tú y yo, Henry, cuando muramos, tendremos suerte si conseguimos suficientes piedras sobre nuestros cadáveres para mantener a los perros alejados de nosotros.

—Pero no tenemos gente, ni dinero, ni todo lo demás, como él —replicó Henry—. Los funerales a larga distancia son algo que ni tú ni yo podemos permitirnos.

—Lo que me sorprende, Henry, es por qué un tipo como este, que es un señor o algo así en su país y que nunca tuvo que preocuparse por la comida ni por las mantas ha venido a los confines de la tierra dejados de la mano de Dios. Eso es exactamente lo que no puedo entender.

—Podría haber vivido hasta una edad avanzada si se hubiera quedado en casa —convino Henry.

Bill abrió la boca para hablar, pero cambió de opinión. En su lugar, señaló hacia el muro de oscuridad que los presionaba por todas partes. No se insinuaba forma alguna en la absoluta negrura; solo podían verse un par de ojos que brillaban como carbones encendidos. Henry indicó con la cabeza un segundo par y un tercero. Un círculo de ojos brillantes se había acercado a su campamento. De vez en cuando un par de ojos se movía, o desaparecía para aparecer de nuevo un momento después.

La inquietud de los perros había aumentado y se lanzaron, en un repentino ataque de miedo, al lado del fuego, encogiéndose y trepando por las piernas de los hombres. En el tumulto,

habían derribado a uno de los perros al borde del fuego, y había aullado de dolor y miedo cuando el olor de su pelaje chamuscado se apoderó del aire. La conmoción hizo que el círculo de ojos se moviera inquieto un momento e incluso que se retirara un poco, pero volvieron a la normalidad cuando los perros se callaron.

—Henry, es una tremenda desgracia que nos hayamos quedado sin munición.

Bill había terminado su pipa y ayudaba a su compañero a extender la cama de pieles y mantas sobre las ramas de abeto que había colocado sobre la nieve antes de la cena. Henry gruñó y comenzó a desatarse los mocasines.

—¿Cuántos cartuchos dijiste que te quedaban? —preguntó.

—Tres —fue la respuesta—. Y ojalá fueran trescientos. ¡Entonces les enseñaría para qué sirven, malditos sean!

Sacudió su puño con rabia a los ojos brillantes y empezó a apoyar sus mocasines de forma segura delante del fuego.

—Y ojalá terminara esta ola de frío —continuó—. Llevamos ahora dos semanas con cincuenta bajo cero. Ojalá nunca hubiera comenzado este viaje, Henry. No me gusta la pinta que tiene. No me siento bien, no sé por qué. Y ya que estoy pidiendo deseos, ojalá el viaje hubiese terminado y hubiéramos acabado con esto, y tú y yo estuviéramos sentados junto al fuego en Fort McGurry justo ahora jugando al *cribbage*. Eso es lo que me gustaría.

Henry gruñó y se acostó. Mientras dormitaba, le despertó la voz de su camarada.

—Digamos, Henry, que el otro vino y consiguió un pescado... ¿Por qué los perros no se precipitaron sobre él? Eso es lo que me preocupa.

—Te preocupas demasiado, Bill —fue la somnolienta respuesta—. No eras así antes. Ahora cierra el pico, y duérmete, y por la mañana estarás de maravilla. Tienes acidez de estómago, eso es lo que te está molestando.

Los hombres dormían, resoplando, uno al lado del otro, debajo de la única manta. El fuego se apagó y los brillantes ojos estrecharon el círculo que habían trazado alrededor del campamento. Los perros se agruparon con miedo, gruñendo amenazadoramente cuando un par de ojos se acercaban. Una vez su alboroto se hizo tan fuerte que Bill se despertó. Salió de la cama con cuidado, para no perturbar el sueño de su compañero, y echó más leña al fuego. Cuando comenzó a arder, el círculo de ojos se alejó más. Miró casualmente a los perros amontonados. Se frotó los ojos y los miró más detenidamente. Luego volvió a meterse bajo las mantas.

—¡Henry! —dijo —¡Oh, Henry!

Henry refunfuñó cuando pasó del sueño a la vigilia, y preguntó:

—¿Qué pasa ahora?—

—Nada —fue la respuesta—. Solo que hay siete otra vez. Acabo de contarlos.

Henry acusó recibo de la información con un gruñido que se convirtió en un ronquido cuando volvió a quedarse dormido.

Por la mañana fue Henry quien se despertó primero y sacó a su compañero de la cama. Todavía faltaban tres horas para que amaneciera, aunque ya eran las seis en punto, y en la oscuridad, Henry preparaba el desayuno, mientras Bill enrollaba las mantas y preparaba el trineo para el amarre.

—Dime, Henry —preguntó de repente —¿cuántos perros dijiste que teníamos?

—Seis.

—Incorrecto —proclamó Bill triunfalmente.

—¿Siete otra vez? —preguntó Henry.

—No, cinco; uno se ha ido.

—¡Maldita sea! —Henry gritó lleno de ira, dejando la preparación del desayuno para ir a contar los perros.

—Tienes razón, Bill —concluyó—. *Gordito* se ha ido.

—Y se fue como un relámpago una vez que se puso en marcha. No pudimos haberlo visto por el humo.

—No hay ninguna posibilidad —concluyó Henry—. Se lo han comido vivo. ¡Apuesto a que estaba aullando mientras bajaba por sus gargantas, malditos!

—Siempre fue un perro tonto —dijo Bill.

—Pero ningún perro tonto debiera ser tan tonto como para marcharse y suicidarse de esa manera —echó un vistazo al resto del grupo con una mirada especulativa que resumía al instante los rasgos más destacados de cada animal—. Apuesto a que ninguno de los otros lo haría.

—No podría alejarlos del fuego ni con un garrote —asintió Bill—. De todos modos, siempre pensé que a *Gordito* le pasaba algo raro.

Y este fue el epitafio de un perro muerto en el sendero de las tierras del norte, menos escaso que el epitafio de muchos otros perros, y que el de muchos hombres.

Los libros pueden ser buenos maestros. Este libro tiene estas preguntas detrás: ¿Cómo se forja una persona? ¿De qué se compone el corazón de una persona? ¿Qué nos educa? ¿Qué nos está guiando el carácter? ¿Por qué algunos llegan a ser de una manera y otros de otra totalmente distinta? Son preguntas que hablan de la educación y que nos ponen en evidencia que no estamos determinados cuando nacemos.

Jack London nos muestra con esta maravillosa historia la lucha entre el instinto salvaje y el amor educado, una historia sobre cómo las relaciones nos constituyen, nos educan y nos forjan. La vida no la podemos hacer solos, necesitamos de los otros. Comenzamos la historia en un mundo salvaje y oscuro, ¿llegaremos al calor del hogar?



COLECCIÓN  
**didaskalosliteratura**